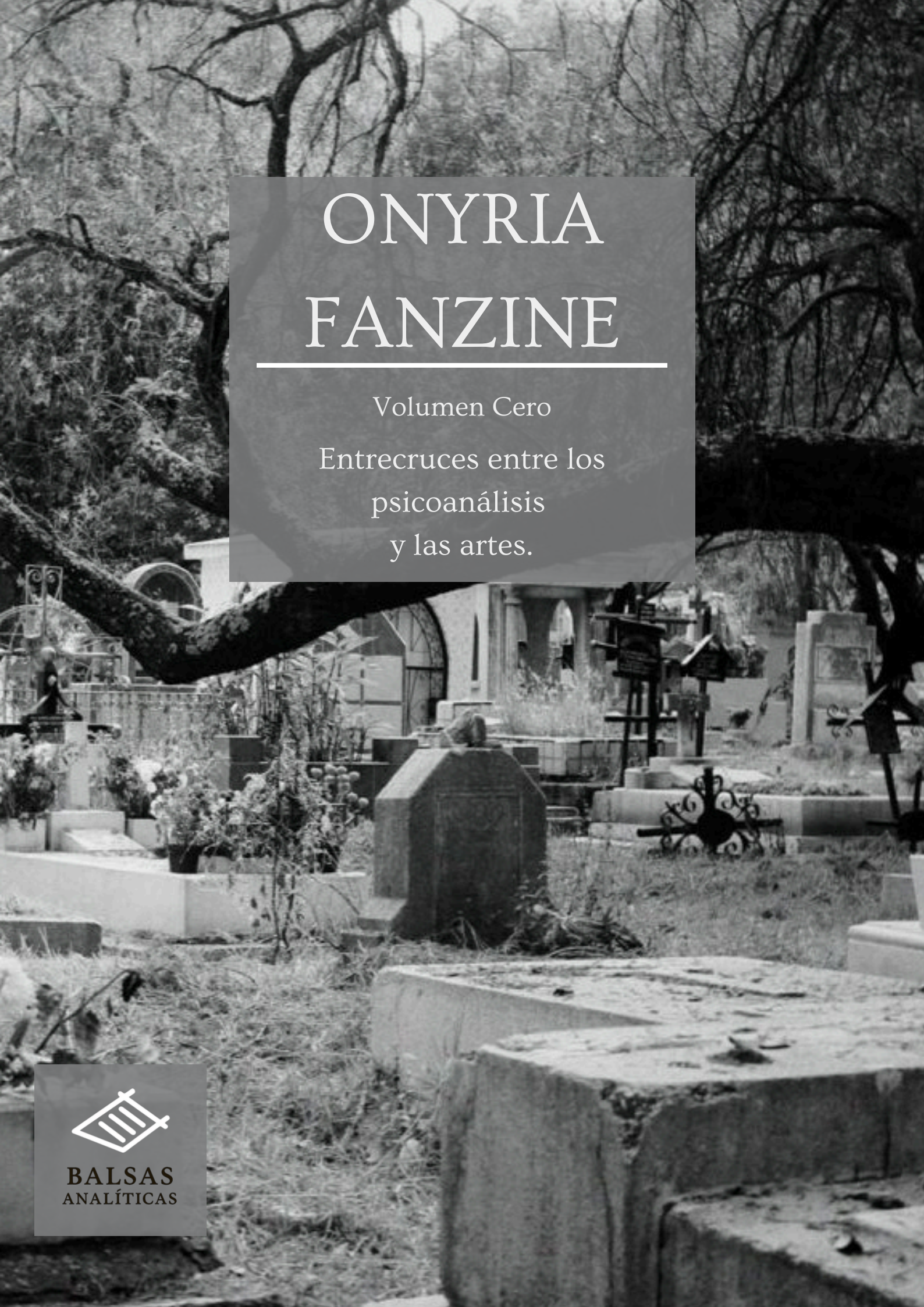
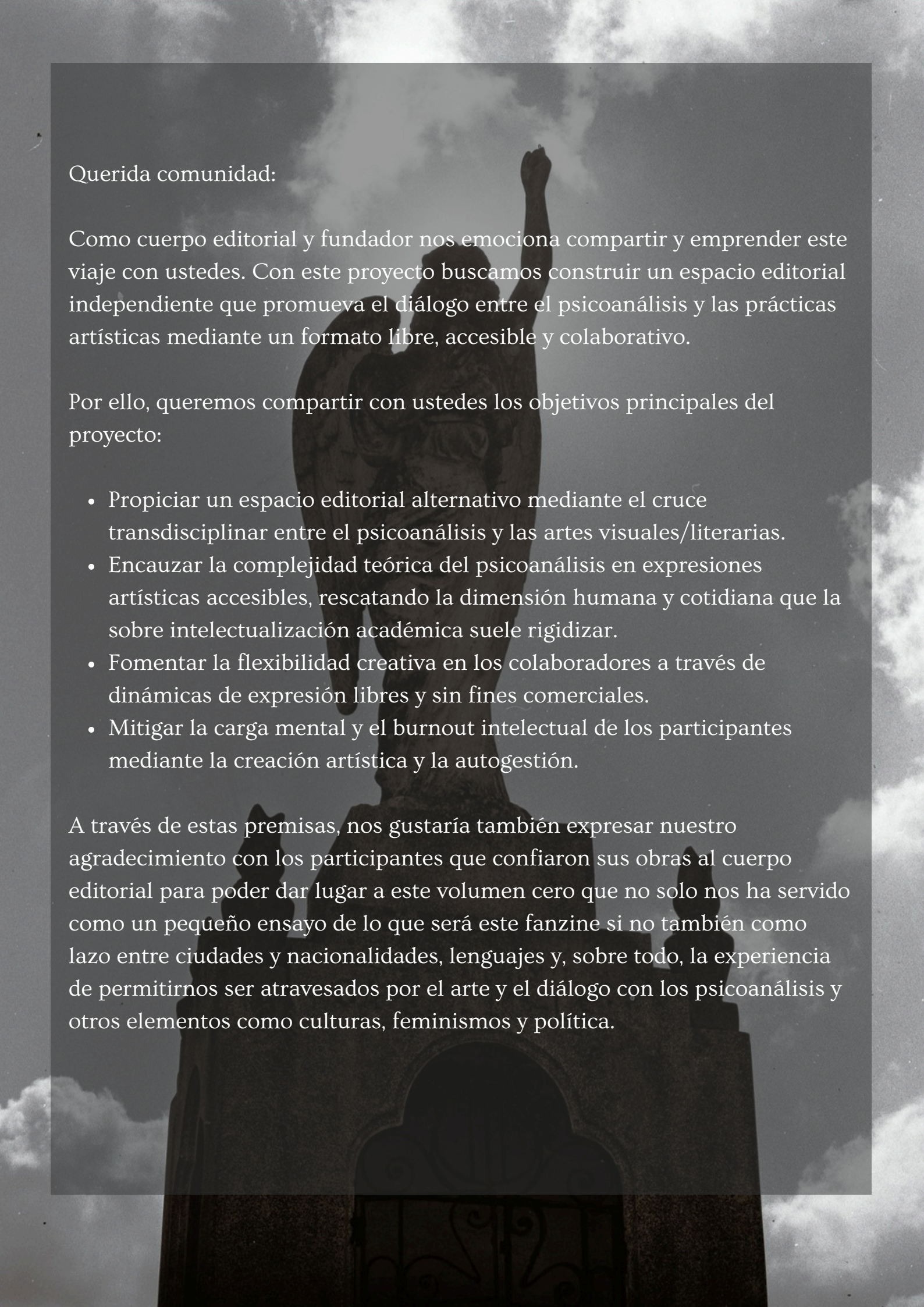


ONYRIA FANZINE

Volumen Cero

Entrecruces entre los psicoanálisis y las artes.

BALSAS ANALÍTICAS



Querida comunidad:

Como cuerpo editorial y fundador nos emociona compartir y emprender este viaje con ustedes. Con este proyecto buscamos construir un espacio editorial independiente que promueva el diálogo entre el psicoanálisis y las prácticas artísticas mediante un formato libre, accesible y colaborativo.

Por ello, queremos compartir con ustedes los objetivos principales del proyecto:

- Propiciar un espacio editorial alternativo mediante el cruce transdisciplinar entre el psicoanálisis y las artes visuales/literarias.
- Encauzar la complejidad teórica del psicoanálisis en expresiones artísticas accesibles, rescatando la dimensión humana y cotidiana que la sobre intelectualización académica suele rigidizar.
- Fomentar la flexibilidad creativa en los colaboradores a través de dinámicas de expresión libres y sin fines comerciales.
- Mitigar la carga mental y el burnout intelectual de los participantes mediante la creación artística y la autogestión.

A través de estas premisas, nos gustaría también expresar nuestro agradecimiento con los participantes que confiaron sus obras al cuerpo editorial para poder dar lugar a este volumen cero que no solo nos ha servido como un pequeño ensayo de lo que será este fanzine si no también como lazo entre ciudades y nacionalidades, lenguajes y, sobre todo, la experiencia de permitirnos ser atravesados por el arte y el diálogo con los psicoanálisis y otros elementos como culturas, feminismos y política.

Lo que se queda con nosotros
Ken Halley

Hace nueve años murió mi papá. Desde entonces, hay algo de esa pérdida que todavía no sé cómo nombrar. A veces me pregunto si el duelo terminó o si simplemente cambió de forma, si aprendí a vivir con su ausencia o si, en algún momento, su recuerdo dejó de ser algo que cargo para convertirse en algo que también me constituye.

Hace poco leí El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos, de Melanie Klein. Me quedé pensando en esa idea de que perder a alguien también mueve nuestro mundo interno, como si la muerte de una persona pusiera en duda todo aquello que creíamos seguro. No perdemos solamente a alguien; también se transforma el lugar que ocupaba en nosotros, la manera en que entendíamos el mundo cuando esa persona todavía estaba ahí.

Esto me hace pensar en Luto (2023), de Andrés Arochi Tinajero, una película que vi hace un par de años y que, aunque solo he visto una vez, se me quedó rondando desde entonces. Damián emprende un viaje por México tras la muerte de su novia y, en el camino, se encuentra con otras formas de vivir la pérdida: las madres que buscan a sus hijos desaparecidos, una persona que atraviesa su transición sexual, los rituales, la brujería y las distintas maneras en que intentamos darle sentido a lo que nos sucede. Su viaje parece ir abriendo espacio para duelos que no son iguales, pero que conviven con la misma necesidad de encontrar alguna forma de seguir.

Mientras Damián se encuentra con otras personas, también va recordando fragmentos de ella. Hay una escena en el desierto que se me quedó especialmente grabada: por un momento, parece que ella misma le pide que la deje ir. Me conmueve pensar en esa posibilidad, en lo doloroso que puede ser despedirse de alguien que todavía nos acompaña de tantas maneras. Pero ¿cómo se deja ir a alguien que ya forma parte de nosotros?

Pienso en mi papá y en todas las cosas que dejó en mí sin que necesariamente me dé cuenta. A veces me pregunto cuánto de lo que soy viene de él, de lo que compartimos, de lo que aprendí a su lado y también de lo que quedó pendiente. Quizá nunca terminamos de saber de dónde vienen algunas partes de nosotros.

Hay una idea que recuerdo haber leído en alguna parte: cuando alguien nos ama, también está amando, de alguna manera, a todas las personas que nos amaron antes. Me gusta pensar que somos un poco eso: una acumulación de gestos, palabras, afectos y formas de mirar que fueron pasando de una persona a otra. Nadie nos construye por completo, pero tampoco nos construimos a solas. Hay algo de quienes estuvieron antes que nosotros que sigue viviendo en la manera en que nos relacionamos con los demás, incluso cuando ya no podemos recordar de dónde viene.

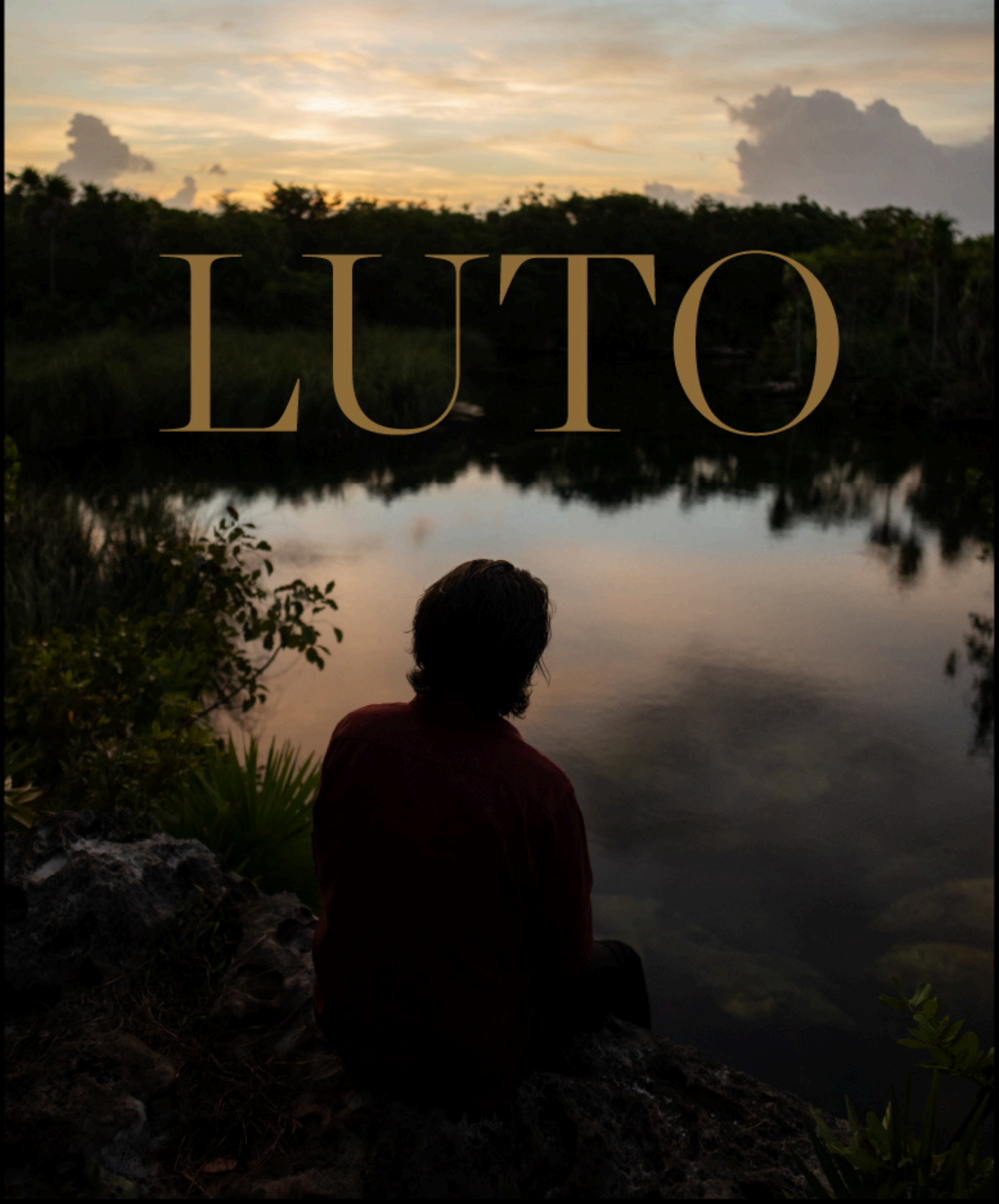
Quizá por eso me cuesta pensar el duelo como algo que necesariamente debe concluir. No sé si el mío terminó. Lo que sé es que, nueve años después, el recuerdo de mi papá sigue aquí, aunque ya no siempre duela. No como una herida abierta, sino como parte de mi historia; algo que se ha mezclado conmigo y que no necesito reconocer a cada momento para saber que existe.

Tal vez elaborar una pérdida también sea eso: encontrar una manera de vivir con lo que cambió, aceptar que hay cosas que no volverán y descubrir que no todo lo que permanece tiene que doler de la misma forma.

No sé si alguna vez dejamos ir del todo a quienes amamos. Quizá aprendemos a encontrarlos en otros lugares: en una costumbre que repetimos sin pensarlo, en una palabra que se nos escapa, en algo que hacemos y que nos recuerda a ellos. Quizá también viven en las personas que llegan después y conocen algo de nosotros que, sin saberlo, viene de alguien más.

Al final, seguimos cambiando, seguimos encontrándonos con otras personas y seguimos construyendo una vida que no se detiene. Y en esa vida hay espacio para lo nuevo, pero también para quienes ya no están.

No sé si el duelo termina. Por ahora, me basta con saber que hay personas que dejan de estar y, sin embargo, siguen formando parte de lo que somos.



UNA PELÍCULA DE
ANDRÉS AROCHI TINAJERO

PROTAGONIZADO POR
RODRIGO AZUELA DANIELLA VALDEZ

UNA PRODUCCION DE IMÁGENES DE VOLCANES CON ACTUACIONES ESPECIALES DE CLAUDETTE MAILLÉ / DOLORES HEREDIA PRODUCIDA POR SANTIAGO TRON / ANDRÉS AROCHI
ESCRITA POR ANDRÉS AROCHI / GONZALO ROMERO PRODUCCION EJECUTIVA MIGUEL FERNÁNDEZ STEVENSON / RODRIGO FERNÁNDEZ STEVENSON / DELWYN MOONEY
CARLA MOONEY / SEBASTIÁN DE LA ROSA / ANDRÉS AROCHI / SANTIAGO TRON / PABLO GARCÍA GATTERER DIRECCION DE FOTOGRAFIA ANDRÉS AROCHI / GALO OLIVARES
DISEÑO DE PRODUCCION SEBASTIÁN NARBONA DISEÑO DE VESTUARIO GABRIELA GARCIANDÍA EDICION DÍDAC PALOU / SERGIO BELTRÁN-GARCÍA / ANDRÉS AROCHI
MÚSICA ORIGINAL SEBASTIÁN LECHUGA

IMÁGENES DE VOLCANES cardel TIGRE LIFT P 24 AURA

Deseos de vida y pedimentos para la muerte, Silvia Suárez Lajud.
A través de Macario.

A la hora de mi muerte,
y para las horas de mi vida, solo pediría que me haya acompañado tu amor tranquilo, tu amor cómplice, tu amor tierno.

Yo para ti también robaría un guajolote y desearía que la muerte te halle después de haber vivido una vida plena.

Solo te pediría, Muerte, que no sea esta tarde, que no sea tan pronto. Que nos permitas los años viejos.

Amén.





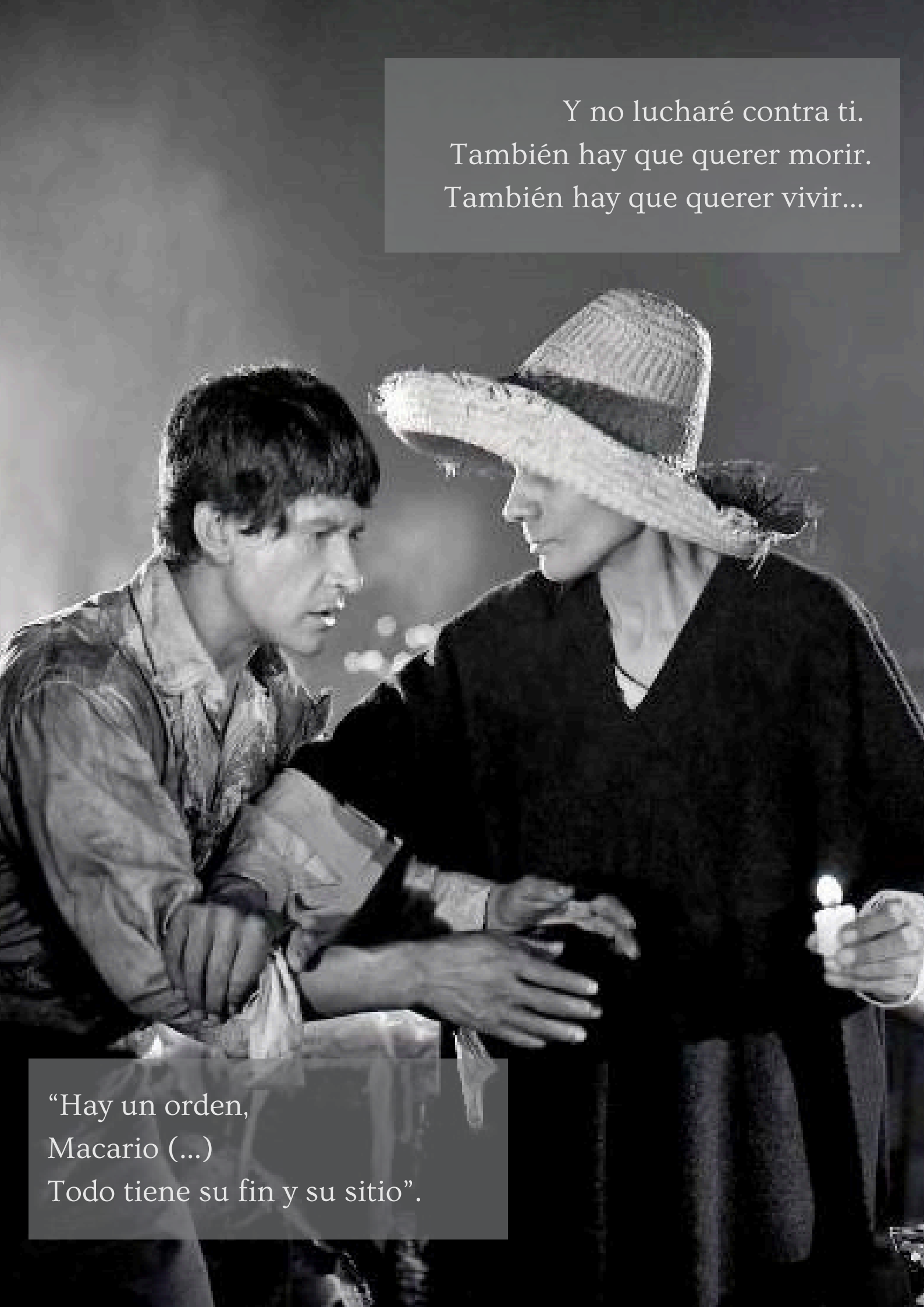
Macario, (1960), una de las películas más importantes del Cine de Oro Mexicano, realiza un trabajo artístico con el tema de la muerte.
Macario es un hombre y padre de una familia que vive una situación de mucha hambre y padecimiento económico. Su deseo de comer plenamente es la antesala de su muerte y, en el encuentro con la muerte misma, se abre una historia surreal que nos lleva a la reflexión de cómo y en qué tiempo la muerte vendrá por nosotros...
La película, dirigida por Roberto Gavaldón y protagonizada por Ignacio López Tarso y Pina Pellicer, cuenta con el maravilloso trabajo de fotografía de Gabriel Figueroa.

Quisiera yo saber cuál es la vela de mi amado, quisiera verla extensa, vibrante, casi inacabable.
Quisiera apagar algunas, y la represión viene pronto...

Quisiera pedirte clemencia, quisiera pedirte que esta vez nos encontremos hasta que veas en mí las pieles arrugadas.



Y aunque prevea cada catástrofe y evite cualquier pérdida, algún día nos encontraremos y me hallarás menos niña, me hallarás mujer obsesiva. Una vez, muerte, jugaste con los débiles, pero me he puesto fuerte para cuando nos volvamos a encontrar.



Y no lucharé contra ti.
También hay que querer morir.
También hay que querer vivir...

"Hay un orden,
Macario (...)
Todo tiene su fin y su sitio".

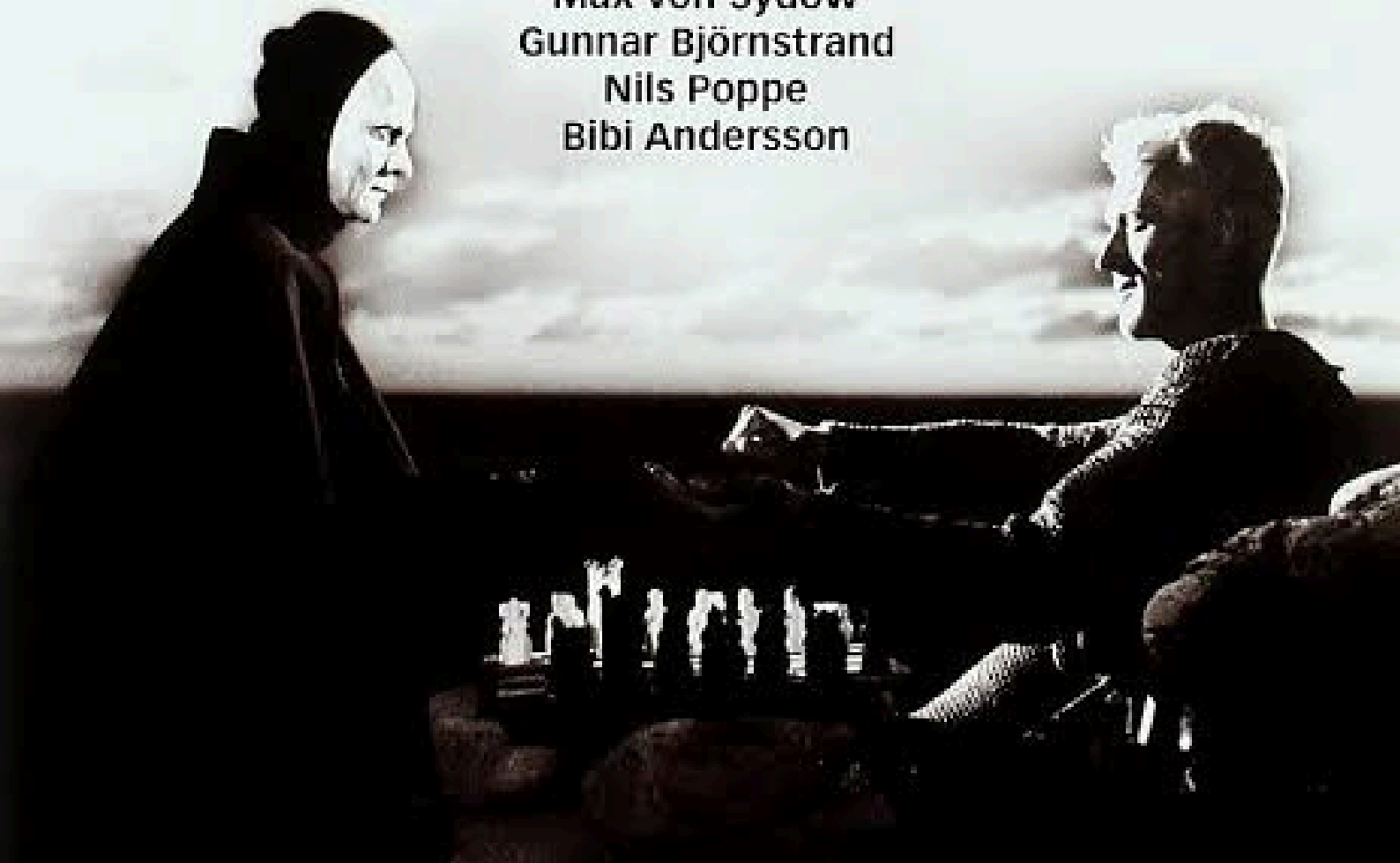
Colección

INGMAR BERGMAN

EL SÉPTIMO SELLO

PREMIO ESPECIAL DEL JURADO EN CANNES (1957)

Max von Sydow
Gunnar Björnstrand
Nils Poppe
Bibi Andersson





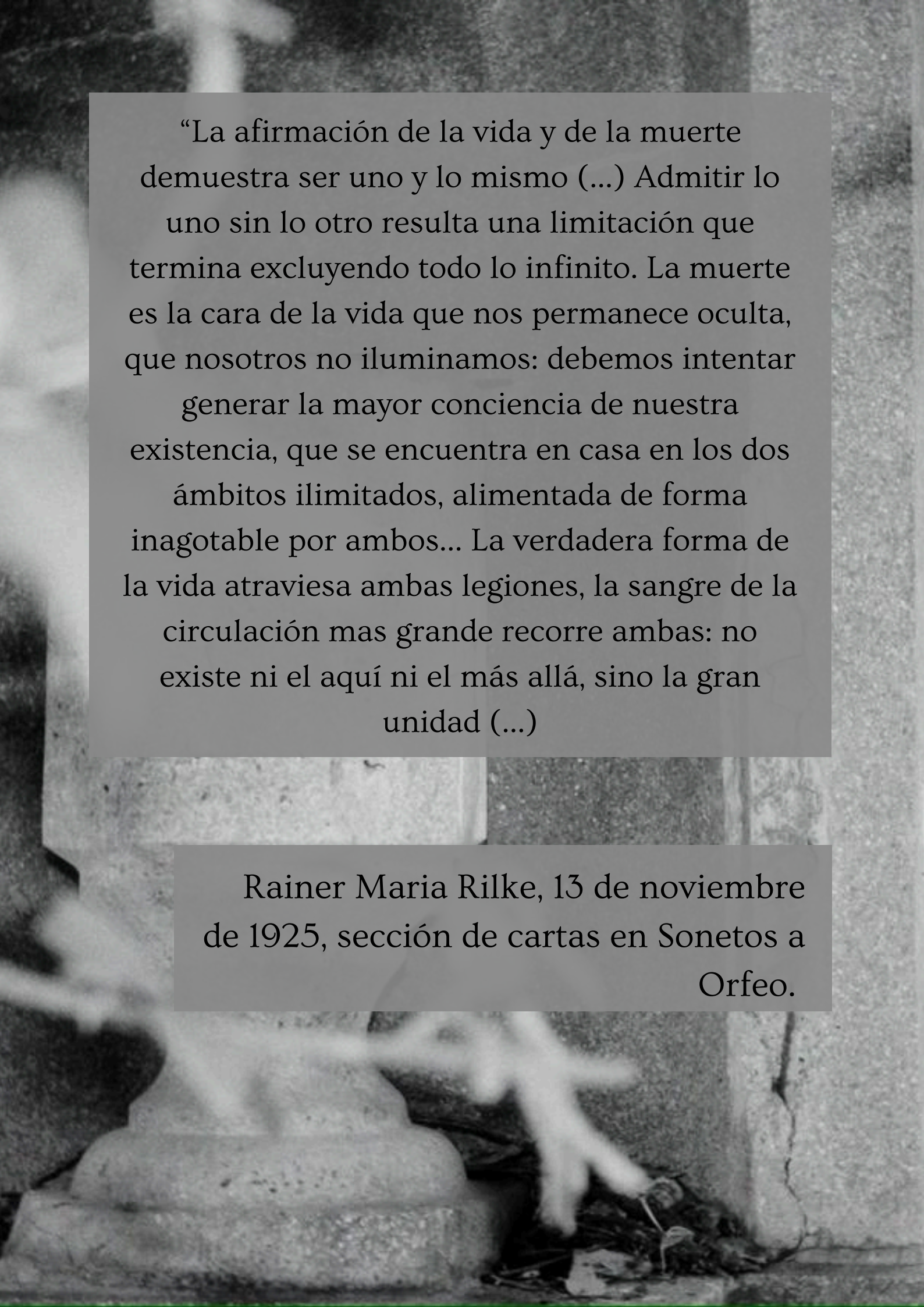
Diarios



“Puse la cabeza sobre [el ataúd]... Te hablé. Te dije que te amaba y que siempre te había amado con todo mi corazón... Me pareció que este frío contacto de la frente con el ataúd me transmitía algo, algo así como la tranquilidad y la intuición de que todavía, encontraría el coraje necesario para vivir. ¿Era una ilusión o una acumulación de energía que procedía de ti y que se condensó en el ataúd cerrado y que me transmitiste... como un acto de caridad?
Yo no les permití cubrirlo [el ataúd] con el horrible paño negro. Lo cubrí con flores y me senté junto a él”.

Diario escrito por Marie Curie tras la muerte de su esposo Pierre





“La afirmación de la vida y de la muerte demuestra ser uno y lo mismo (...) Admitir lo uno sin lo otro resulta una limitación que termina excluyendo todo lo infinito. La muerte es la cara de la vida que nos permanece oculta, que nosotros no iluminamos: debemos intentar generar la mayor conciencia de nuestra existencia, que se encuentra en casa en los dos ámbitos ilimitados, alimentada de forma inagotable por ambos... La verdadera forma de la vida atraviesa ambas legiones, la sangre de la circulación mas grande recorre ambas: no existe ni el aquí ni el más allá, sino la gran unidad (...)

Rainer Maria Rilke, 13 de noviembre de 1925, sección de cartas en Sonetos a Orfeo.





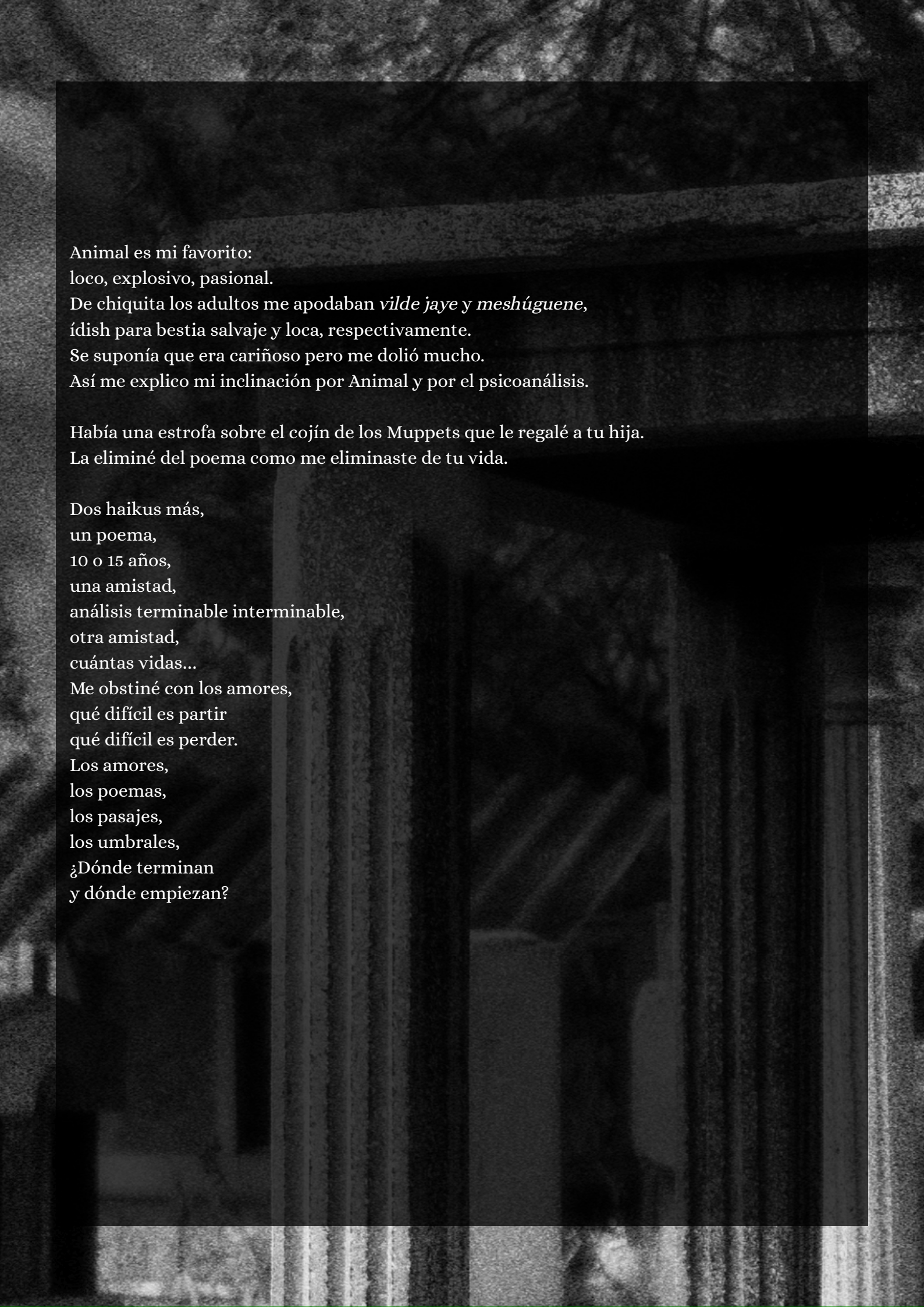
Textos

Muppets baby blues

Ronit Guttman

Me obstiné en escribir
dos haikus más:
un ciclo de cuatro estaciones,
seasons of love (nuestros referentes pop).
Sólo uno, aunque sea,
sobre los Muppets.
«A la fuerza ni los zapatos»,
nos reímos Vale y yo,
coleccionamos frases hechas, lugares comunes,
piolín.
«Lástima, Margarito».
Un poema, entonces, no importa.
Conservé dos de cuatro estrofas y las extraje del documento estancado:

qué fascinación,
cuánto placer
me despierta la textura de los Muppets.
Quiero tocarlos,
    apretarlos,
    apachurrarlos,
    morderlos.
La experiencia estética se ha de sentir como lo que siento desde siempre al ver Muppets.
La palabra también me gusta: Muppets,
me divierte la boca al cerrarse en en la pe y después tropezarse en la te seguida de la ese.



Animal es mi favorito:
loco, explosivo, pasional.
De chiquita los adultos me apodaban *vilde jaye* y *meshúguene*,
ídish para bestia salvaje y loca, respectivamente.
Se suponía que era cariñoso pero me dolió mucho.
Así me explico mi inclinación por Animal y por el psicoanálisis.

Había una estrofa sobre el cojín de los Muppets que le regalé a tu hija.
La eliminé del poema como me eliminaste de tu vida.

Dos haikus más,
un poema,
10 o 15 años,
una amistad,
análisis terminable interminable,
otra amistad,
cuántas vidas...
Me obstiné con los amores,
qué difícil es partir
qué difícil es perder.
Los amores,
los poemas,
los pasajes,
los umbrales,
¿Dónde terminan
y dónde empiezan?

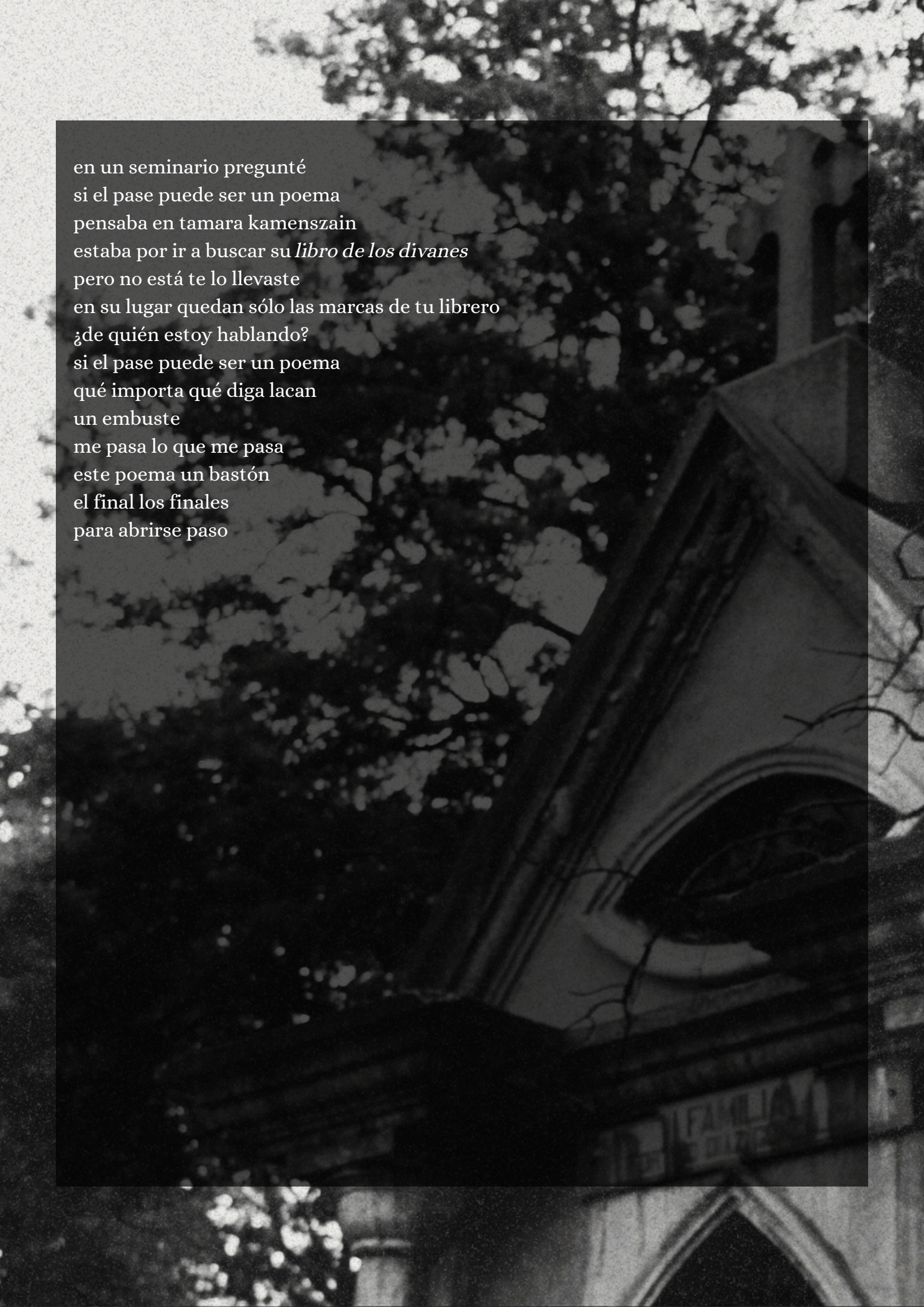
la que mucho se despide

Ronit Guttman

en una embarcación
tú embarazada
en un viaje azul esniño
en un viaje azul sionista
con destino al *american dream*
me emboscabas
narré en análisis
el sueño de lo que
no pasó pero sí pasó
de otras formas azules todas

narré en análisis
el sueño de lo que
no pasó
un embuste
mi propia emboscada para que
no pase no acabe
mi análisis
a análisis los lunes con elena
este amor singular
que no quiero sostener ya
pero no me decido a soltar
¿de quién estoy hablando?

entonces enfermo
vuelvo para hablar de qué
me está pasando
vuelve siempre al cuerpo
para alcanzar a escuchar lo que
no está pasando
¿el pase?
el final los finales
¿de quién estoy hablando?



en un seminario pregunté
si el pase puede ser un poema
pensaba en tamara kamenszain
estaba por ir a buscar su *libro de los divanes*
pero no está te lo llevaste
en su lugar quedan sólo las marcas de tu librero
¿de quién estoy hablando?
si el pase puede ser un poema
qué importa qué diga lacan
un embuste
me pasa lo que me pasa
este poema un bastón
el final los finales
para abrirse paso

Situaciones a título de ejemplo

T.S.Minauj

Nos arrebatan la vida, nos imponen la muerte –¿Será?–
Nos imponen “la” vida –¿lo vemos?–.
Nos arrebatan la muerte –¿quiénes, cómo?–
¿Cómo sería vivir si lo hiciéramos, ...si lo pudiéramos hacer?

Pero... aún nuestra muerte nos es enajenada.
Porque ya no es nuestra –de un nosotros que se extingue:
“nosotros” se extingue–
nuestra muerte es ajena.
Ajena la muerte, ajenos nosotros.
Nuestra muerte pertenece a otros, pero no un “otros” nuestro. Otros otros.
Los hospitales; la industria farmacéutica; las empresas fúnebres; las fuerzas policiales; las ensordecedoras ambulancias; las noticias a modo; las aseguradoras triunfantes; los mensajes –reservados, apabullantes, discretos, mudos– por whatsapp; las condolencias a distancia a vuelo de mosca, pájaro o avión según la red social lo evidencie; los velorios no preformateados a cuentagotas; los rezos acartonados; los otrora rituales que ahora son formatos, planes a plazos, categorías... ¿Incluye café? ¿Incluye la foto colgada?¿trasladan el cuerpo? ¿Lo preparan?

...¿Para cuántas lágrimas alcanzan los kleenex?

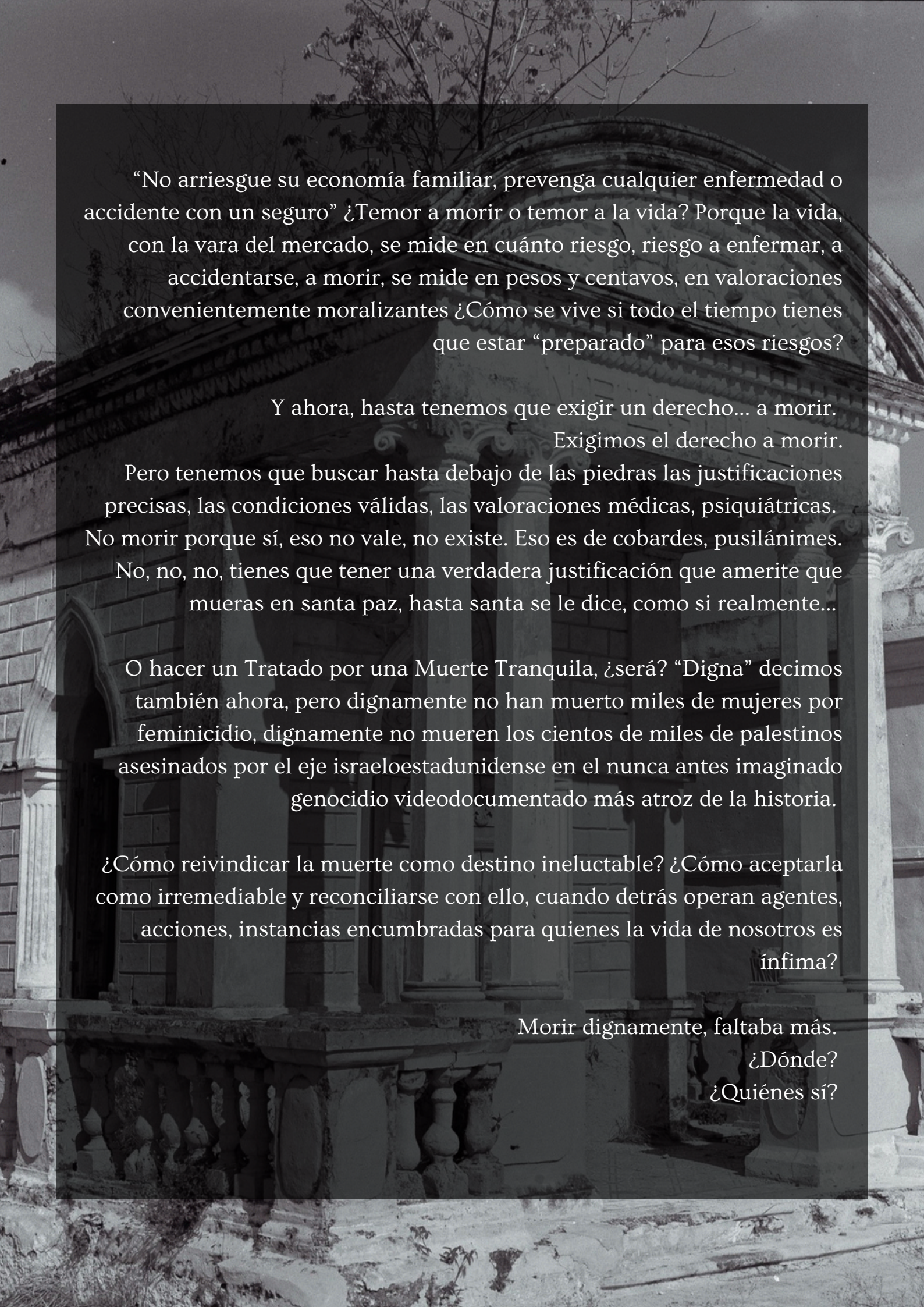
Enfermedades, accidentes, asesinatos. Enfermedades, asesinatos, accidentes.
Una vida entera con sólo alimentos procesados a todo correr, con trabajos distantes, horarios extenuantes, traslados interminables, salarios castigados, ¿y la vida?

¡Ah, sí! Los viernes de farra, el after —cómo habría de faltar el modus operandi del infiltrado modo de vida "moderno occidental, inn", in english please— el cumple del abue, la tarea del hijo, el uniforme para el lunes, la tía que se enferma, la micro que se tarda, la lluvia que no cesa, quién lleva a la pequeña, el marido que se embriaga, que quiere pelea, que golpea y golpea y golpea.

Aguanta... apenas es lunes, vuelve la matraca un día sí y otro y... ¿esto es vida?
Un cuerpo que se vence, se rinde, estalla... ¿es muerte? ¿A secas?
Una enfermedad cuyo tratamiento te produce otra enfermedad y otra discapacidad, y otro préstamo y otro familiar —mujer, por supuesto, mujer — renunciando a uno de sus empleos
para cuidarte, dejando a sus críos cuidándose solos —o peor, bajo el cuidado de terceros que los vuelven vulnerables—.
¿El resultado fatal tras largos tratamientos médicos —ineficaces al final, sólo eficaces para producir cuentas impagables, problemas laborales, familiares— ... esto, cuenta como derivado de la enfermedad, como acto fallido, como crimen?

Si pudiéramos sentir, no pensar, sentir esas muertes como la necesaria conclusión de una vida, más allá de sí misma y despedirla en consecuencia ¿haría esas muertes menos trágicas para sus deudos? ¿Podremos recuperar eso algún día, asumir la muerte como el destino sine qua non de la vida? Transitarlo con un nosotros que trascienda a los otros.

¿Qué tanto podemos reconocer los efectos inconscientes que produce el mercado sobre nuestra forma de sentir la muerte? Sobre cómo nos formatea el cómo se debe vivir o morir, o incluso, cómo atravesar el dolor. Nos uniforma sobre estar preparados para ello, no en lo más íntimo de nuestro ser, no; no en el sentido de la vida, no; no en lo que enseñamos o lo que aprendimos, no, no. Preparados "económicamente": "No deje problemas a sus deudos, pague por adelantado sus planes funerarios"



“No arriesgue su economía familiar, prevenga cualquier enfermedad o accidente con un seguro” ¿Temor a morir o temor a la vida? Porque la vida, con la vara del mercado, se mide en cuánto riesgo, riesgo a enfermar, a accidentarse, a morir, se mide en pesos y centavos, en valoraciones convenientemente moralizantes ¿Cómo se vive si todo el tiempo tienes que estar “preparado” para esos riesgos?

Y ahora, hasta tenemos que exigir un derecho... a morir.
Exigimos el derecho a morir.
Pero tenemos que buscar hasta debajo de las piedras las justificaciones precisas, las condiciones válidas, las valoraciones médicas, psiquiátricas.
No morir porque sí, eso no vale, no existe. Eso es de cobardes, pusilánimes.
No, no, no, tienes que tener una verdadera justificación que amerite que mueras en santa paz, hasta santa se le dice, como si realmente...

O hacer un Tratado por una Muerte Tranquila, ¿será? “Digna” decimos también ahora, pero dignamente no han muerto miles de mujeres por feminicidio, dignamente no mueren los cientos de miles de palestinos asesinados por el eje israeloestadunidense en el nunca antes imaginado genocidio videodocumentado más atroz de la historia.

¿Cómo reivindicar la muerte como destino ineluctable? ¿Cómo aceptarla como irremediable y reconciliarse con ello, cuando detrás operan agentes, acciones, instancias encumbradas para quienes la vida de nosotros es ínfima?

Morir dignamente, faltaba más.
¿Dónde?
¿Quiénes sí?

EL DÍA QUE MI PADRE MURIÓ DE VERDAD

Fragmento del capítulo 4 de la novela inédita “Cuerpos tejidos”

Por: Juan Pablo Jaramillo Rico

Iba saliendo de mi oficina un poco encartada, con los planos y un cuaderno en mi mano derecha y con un café en mi mano izquierda, cuando alcanzo a recordar que iba dejando el móvil encima de mi escritorio, dudé si devolverme por él o no, pero algo por dentro me hizo sentir que era necesario que lo llevara a esa reunión por lo que decidí volver a entrar y, en medio de mi encarte, tomarlo. En el camino al salón de reuniones me crucé con mi asistente, quien se ocupó de desencartarme y llevar ella los planos para ser presentados.

Ya en la sala de reuniones van llegando, uno a uno, mis socios a quienes voy saludando desde la silla en la que estoy sentada, mientras entra el último de ellos, quien hace de gerente de la compañía, mi teléfono suena, trato de ignorar el timbre pero al ver en la pantalla veo que me están llamando de la casa de mi madre, un rayo de fuerza me atraviesa, como un viento frío, el cuerpo, sobre todo porque ella nunca me llamaba por lo que pensé que estaba pasando algo malo, sin excusarme con los presentes contesto la llamada, del otro lado se oía una respiración un poco agitada y como mi interlocutor sorbía los mocos, vuelvo a saludar y esta vez escucho la voz de Dominga, la mujer que se encargaba de los oficios de la casa desde hace quince años, quien, con voz quebrada, me dice: – Niña pasó algo malo, es muy triste... Llamo para decirle que Don Alfredo se acaba de morir.



Dejé caer el teléfono de mis manos y su estruendo se cruzó con el tremor de mi corazón, las fuerzas fueron abandonado mi cuerpo, al igual que mi alma, o al menos lo que quedaba de ella, para verme caer al suelo, justo al lado de lugar en el que había caído mi teléfono, el cual se había hecho pedazos; vi con mi alma como mis socios corrían a socorrerme e intentaban que mi cuerpo volviera en sí, pero mi alma se negaba a volver, esta noticia me había quebrado en mil pedazos, no quería existir más, sin embargo, la insistencia de mis socios hicieron que mi alma volviera al cuerpo, no sin antes abrir una catarata de lágrimas que manaban de mis ojos de manera incontrolable, aún así, las fuerzas no volvieron a mi cuerpo. Lograron llevarme cargada hasta mi oficina, en donde había un sofá en el que me recostaron mientras Lucy, la mujer de servicios generales de la empresa, me traía un agua aromática para tratar de apaciguar lo que estaba sintiendo.

Me tomó un buen tiempo lograr recuperar algo de la compostura de mi cuerpo, pero las fuerzas volvieron y pude contarle a Jorge, unos de los socios con los que fundé la empresa y ex pareja, que mi padre había muerto de verdad; él me miró con una mirada de profunda compasión y me abrazó, un abrazo que sentí como la aparición de un bastón que estaba soportando toda la carga de mi peso, eso me generó una profunda sensación de alivio pero no logró disipar el dolor que estaba sintiendo en ese momento.

En ese momento entró Carlos, el gerente y otro de los socios de la empresa, quien me dijo que ya se habían hecho los arreglos para que unos de los conductores de la empresa me llevara a la casa de mi madre, a lo que yo me negué, diciéndole que no quería ir allí, que solo quería estar en mi casa y que deseaba manejar hasta allí; él accedió a lo primero, pero insistió en que unos de los conductores me llevaría en mi carro; accedí.

Al llegar a casa le indiqué al conductor la celda de parqueo en la que podía aparcar el carro, al terminar el proceso de estacionamiento saqué mi billetera de mi bolso para darle dinero para que pudiera tomar un taxi para volver a la oficina como forma de agradecimiento, pero él se negó diciendo que ya le habían dado el dinero para esto y que tenía instrucciones de acompañarme hasta la puerta de mi casa; pensé en negarme a esto, pero sentía que lo necesitaba.

Ya adentro no sabía qué hacer con esto que me estaba invadiendo el cuerpo, con este dolor tan profundo que no lograba comprender; solo se me ocurrió ir al cajón de mi escritorio en donde había dejado un paquete de cigarrillos hace más de un año cuando había decidido dejar de fumar, por alguna emergencia me dije en ese momento. Al encontrarlo, saqué un cigarro y lo encendí con la esperanza de que ese humo iba a hacer las veces de relleno de ese vacío interior que me estaba habitando, en ese instante me percaté de que mis manos estaban temblando. Caminé hacia la sala y me senté en el sofá, chupando lentamente ese pitillo de nicotina y mentol, tratando de que se hiciera el mayor humo posible para sentir que mi hueco se llenaba, pero esa sensación solo me duraba hasta que tenía que exhalar, por lo que, rápidamente, volvía a pegar mis labios al filtro de algodón para tomar una nueva bocanada de humo. Este proceso lo repetí con dos cigarros más que me había fumado de manera consecutiva hasta que el mareo, por la falta de hábito, me hizo de límite.

No quería saber nada del mundo por lo que puse mi teléfono en modo avión y me recosté en el sofá, una avalancha de pensamientos empezaron a atravesar mi cabeza, como si una máquina industrial se hubiese encendido para producir, de la manera más acelerada, toda la producción que no se había generado mientras estuvo apagada. La velocidad e intensidad de los pensamientos era tal que no lograba reconocerlos todos, sólo había un factor común en ellos, producían un enorme sentimiento de culpa alrededor de la relación que no había tenido con mi padre, pero el mareo por la sobredosis de nicotina y humo fue tan intenso que logré quedarme dormida, era la mejor forma de no saber nada.

Pero ni siquiera en ese dormir mi máquina de pensar se detuvo, se sirvió del proceso onírico para devolverme una pieza de esa realidad que evitaba tocar, con imágenes crípticas se encargó de enrostrarme la culpa y el dolor. El sueño fue el siguiente: "Entraba a la casa de mis padres, caminaba atravesando la sala para llegar al corredor que conducía a las habitaciones, me detenía en una puerta que estaba cerrada, intentaba abrirla pero estaba con llave, toqué fuerte y desde adentro vinieron unos gritos, un llamado que me se hacía incomprensible pero que reconocía que era de mi padre, yo hice el gesto de responder el llamado, pero, por más esfuerzos que hacía, la voz no me salía, eran palabras mudas que intentaban sacar al padre de ese encierro; volví a tocar esta vez más duro y desde adentro se escuchó un grito más fuerte y dolorido, me alejé dos pasos hacia atrás para tomar impulso con el fin de derribar la puerta con la fuerza de mi cuerpo, pero la misma me rechazó con el doble de fuerza, como si tuviera un campo de fuerza que repeliera los violentos acechos que yo estaba tramando; de nuevo aparece el grito desde adentro, pero esta vez está viene con menos fuerza, siento que un desespero se apodera de mí, una angustia viene a mi cuerpo sin voz. Corro a buscar a Dominga para que sea ella quien me abra la puerta, pero los corredores y habitaciones de esta casa se han convertido en pasillos de un laberinto con meandros cada vez más complejos, mi voz sigue sin salir, no puedo gritar. Después de muchas vueltas logro encontrar a Dominga y la tomo de la mano para desandar el camino andado a través de los ángulos y recodos del laberinto hasta que volvemos a estar frente a la puerta cerrada y trancada, le señalo la cerradura y le hago gestos para que me entregue las llaves, ella me responde que esas llaves solo las tiene Doña Lucrecia y es ella la única que deja salir a Don Alfredo, además, matiza que ella no está, que ella salió. Vuelvo a tocar con fuerza la puerta, pero ya no hay respuesta, no hay lamentos ni palabras; en ese momento saco fuerzas desde adentro de mí para tratar de hablar, pero me sale un grito... "PAPÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ"". La fuerza de ese grito me despierta invadida de una angustia que me produce una parálisis del sueño, me siento atada a un cuerpo que no responde y a una voz que no resuena. Fueron pocos segundos, pero me sentí morir.



Me incorporé en el sofá, sentándome y estirando la mano para tomar el teléfono con el fin de mirar la hora, habían pasado casi tres horas desde que llegué a mi casa y me recosté; por el ventanal del balcón pude ver que afuera llovía copiosamente, era una de las muchas tormentas que llegan de la nada a esta ciudad del trópico en la que vivo. Me levanté a la cocina y me preparé un café, apenas estuvo listo, volví a la sala y saqué un cigarrillo de la cajetilla que tenía encima de la mesa de centro; mientras lo encendía sentí la obligatoria necesidad de llamar a la casa de mis padres, la cual traté de disipar con una bocanada de humo, pero no funcionó.

En ese momento aparece en mi cabeza la expresión que le había dicho a Jorge cuando estaba volviendo en mí luego de recibir la noticia; “Mi padre se ha muerto de verdad”, una sentencia que parecía tener un eco en mi existencia, pues no lograba comprender por qué había tanto dolor en esta muerte sabiendo que desde los trece años él era una ausencia presente. Saberlo muerto en la realidad me dejaba al desnudo la fuerza del amor que una vez sentí por él, haciendo que el odio hacia mi madre se tornara en una fuerza motriz que, de cierta forma, le daba sentido a mi existencia; ese fue el efecto de toparme de frente con la muerte real de mi padre, darme cuenta de que el odio era una fuerza vital que había movido mi vida hasta este momento; lo había odiado a él por ser un pusilánime que no tuvo el coraje de hacerle frente a mi madre y odiaba a mi madre por haberme quitado esa sensación de amor que había estado presente, de manera auténtica, hasta los trece años.

Afuera había dejado de llover, pero el clima se mantenía con una sensación de frío que no me dejaba moverme del sofá en el que había quedado aplastada por mis reflexiones y mis sentimientos, me sentía envuelta en un enredo con todo lo que pasaba por mi cabeza y mi corazón, tratando de mantener en silencio lo que en mi interior se movía me había acabado el paquete de cigarrillos, en el cenicero se habían acumulado las colillas hasta formar una montaña de ceniza y algodón envuelto en papel que impregnaban por completo el ambiente con un olor ácido y quemado con un poco de mentol, propio de la marca de cigarrillos que fumaba. Traté de buscar otro cigarro para encenderlo, pero ya no tenía; me enviaba esta ansiedad a la imperativa necesidad de salir a buscar una tienda en la que pueda comprar otro paquete y poder continuar llenando de humo mis pulmones para taponar el hueco que
sentía en mis entrañas...

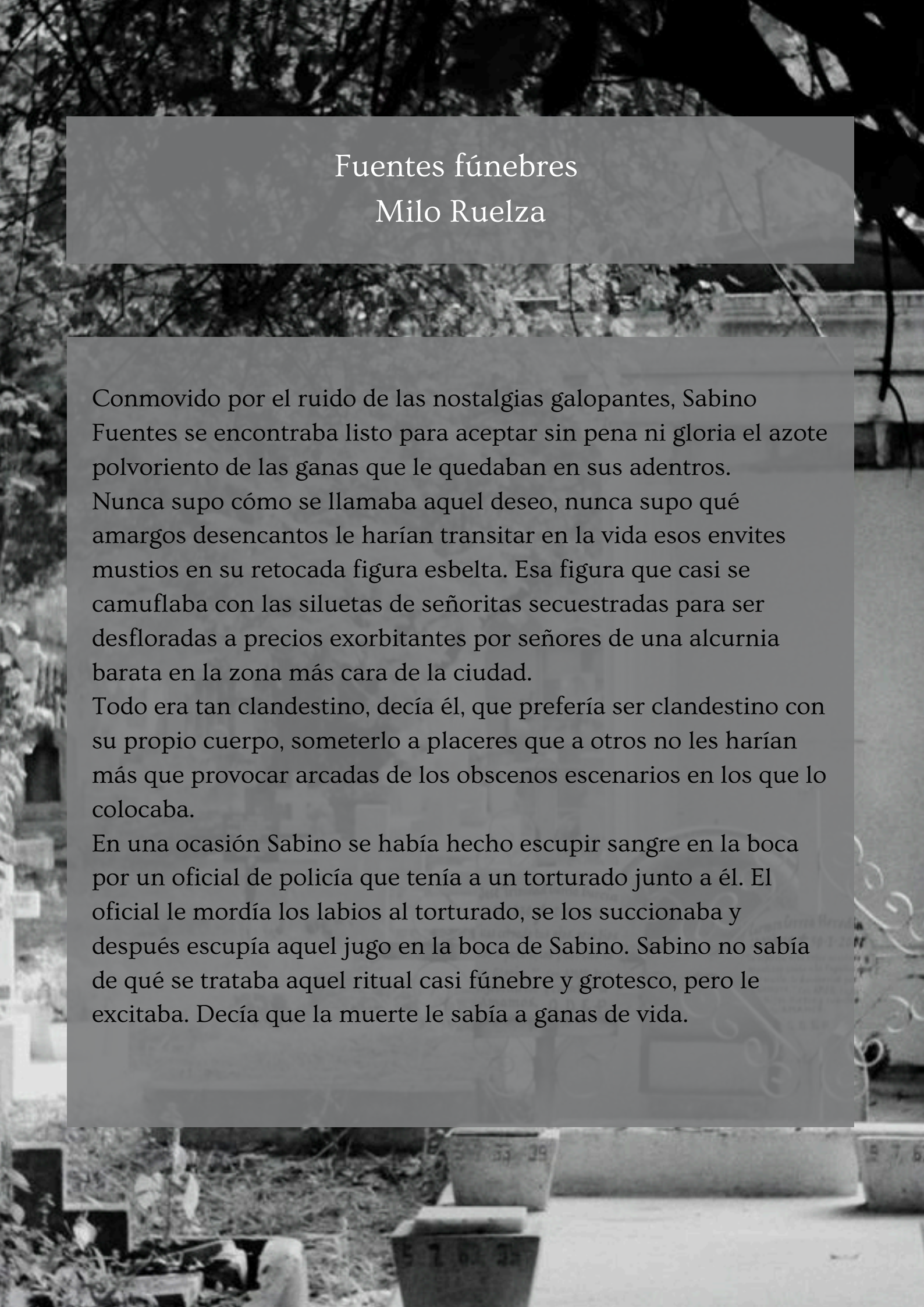
Texto a muchos inconscientes, Laboratorio Descolonial

¿Cómo el psicoanálisis puede ser neutral? Instrucciones para el cinismo:

1. Si un analizante habla de la guerra, dile que eso no tiene que ver con él.
2. Si una mujer habla de haber recibido violencia por su pareja, pregúntale lo siguiente con seriedad: ¿Qué hizo ella para que eso pasara?
3. Todo lo que tenga que ver con el genocidio en marcha o el ascenso de la ultraderecha, no son temas de análisis, llévale por otros rumbos...¿eso que tiene que ver con su historia y su familia?

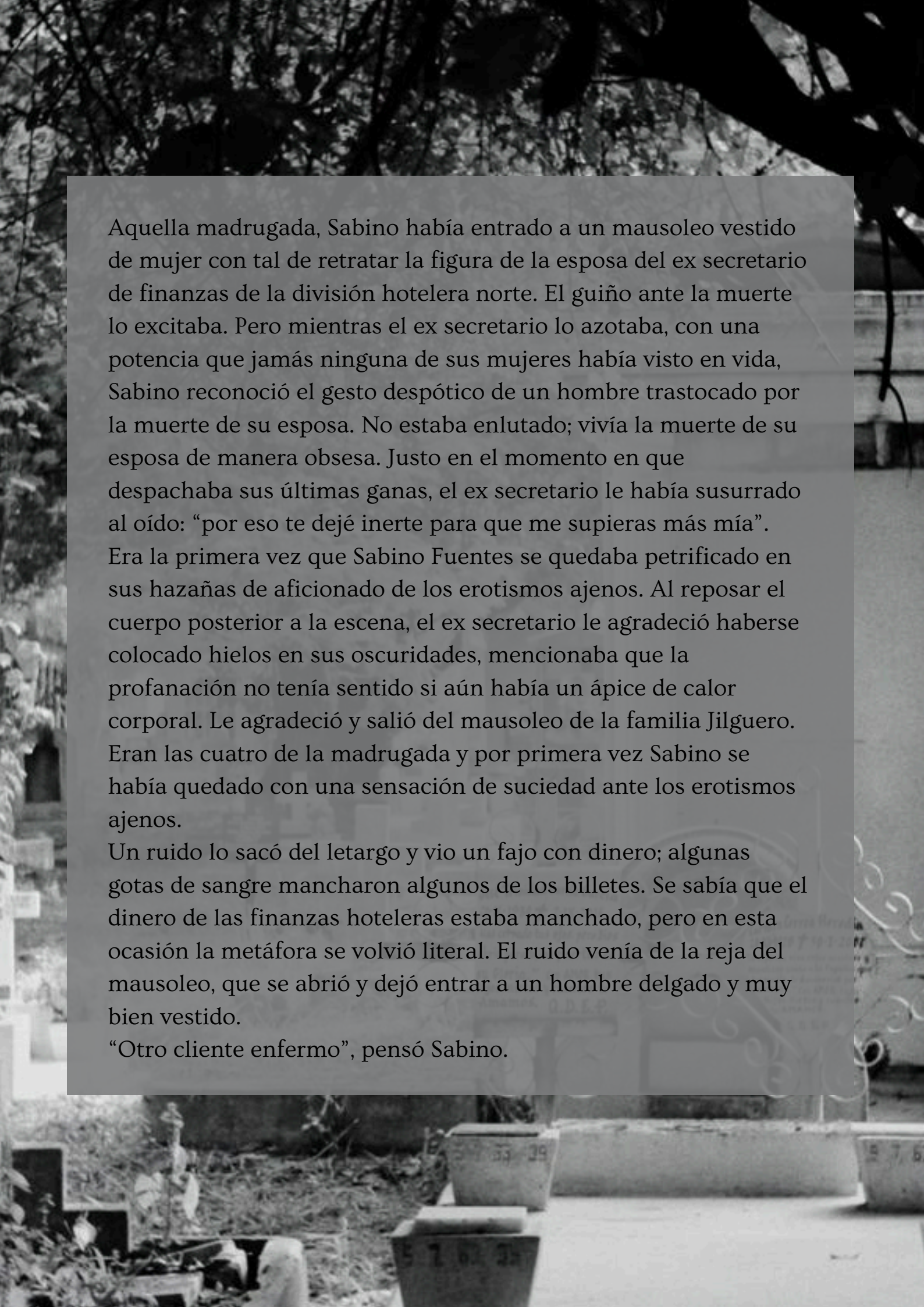
Total, si de lo que se trata es de los actos fallidos, lapsus, sueños, asociaciones, llévele, llévele que hay pa' largo rato, aquí no me hable de la pobreza ni de los abusos sexuales que padeció por años si no puede hacerse cargo de lo que hizo con eso, tampoco importa si conoció a su padre o si supo que al mismo tiempo era su tío.

Ahora que si quiere irse a la Global Sumud Flotilla, que si está desesperado porque el genocidio no termina, que si cree que Gaza, Venezuela y Cuba están en linea directa con los dictados sionistas, eso vaya a discutirlo con los zurdos, aquí sólo nos interesa lo que produzca su inconsciente..

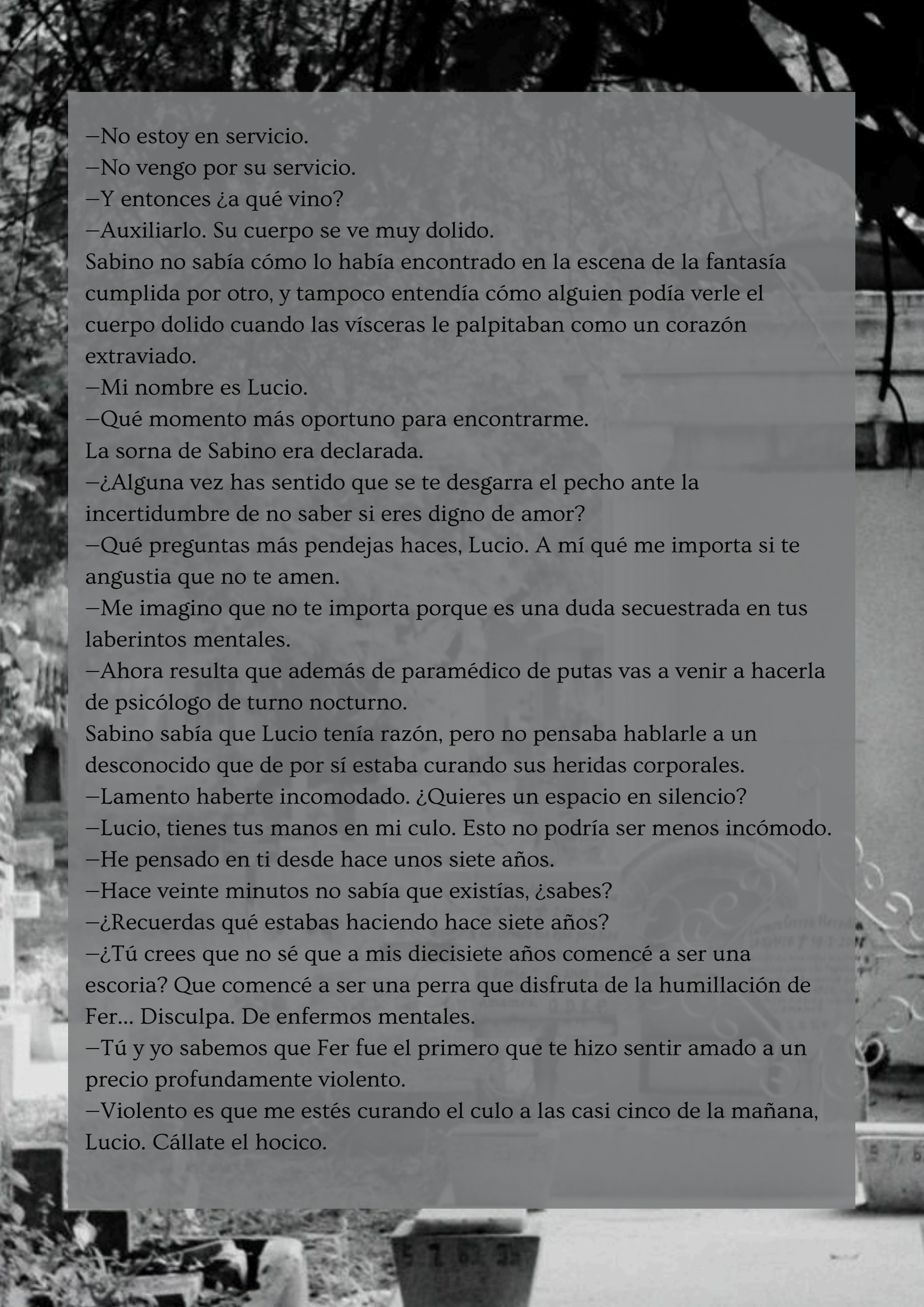


Fuentes fúnebres
Milo Ruelza

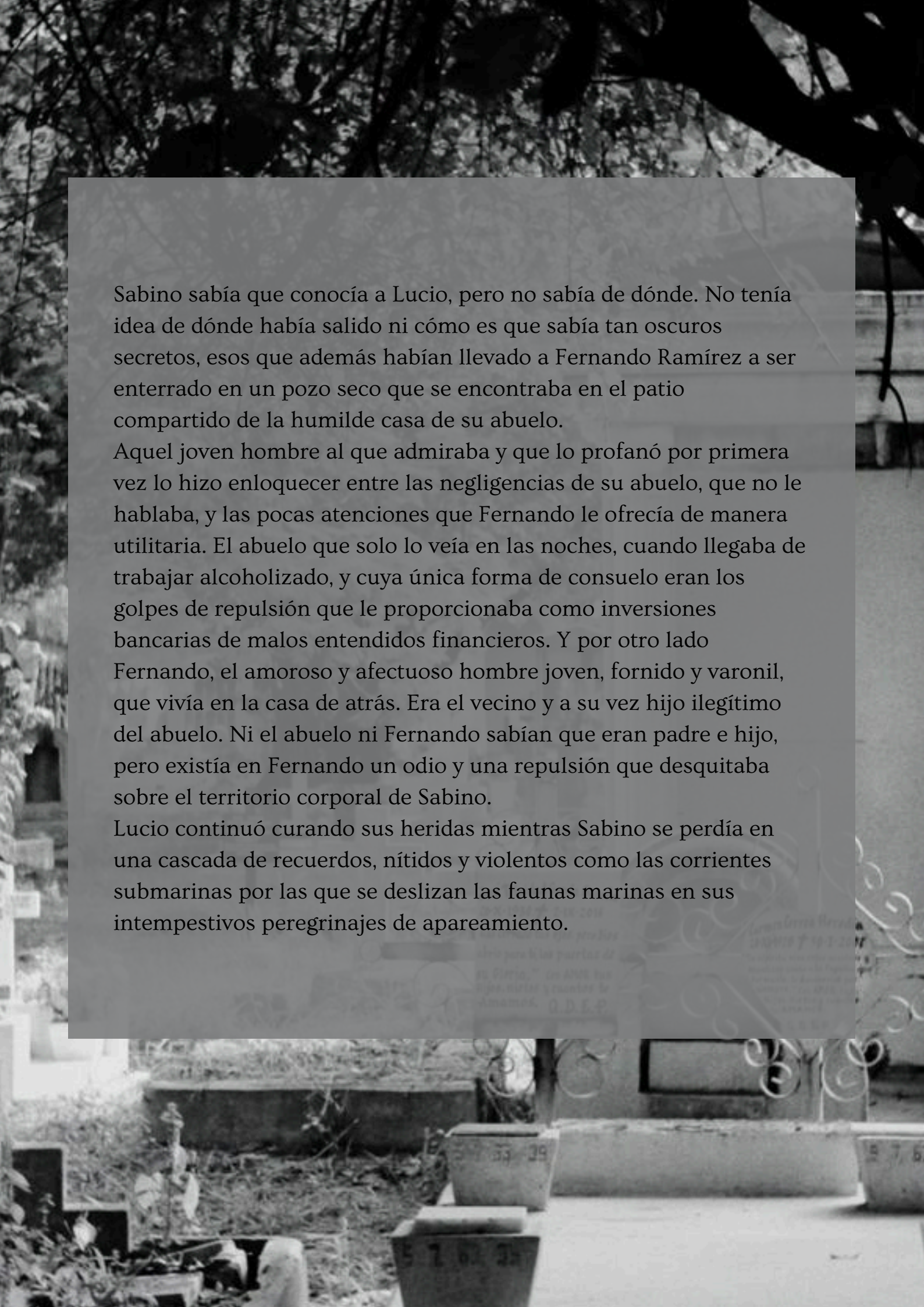
Conmovido por el ruido de las nostalgias galopantes, Sabino Fuentes se encontraba listo para aceptar sin pena ni gloria el azote polvoriento de las ganas que le quedaban en sus adentros.
Nunca supo cómo se llamaba aquel deseo, nunca supo qué amargos desencantos le harían transitar en la vida esos envites mustios en su retocada figura esbelta. Esa figura que casi se camuflaba con las siluetas de señoritas secuestradas para ser desfloradas a precios exorbitantes por señores de una alcurnia barata en la zona más cara de la ciudad.
Todo era tan clandestino, decía él, que prefería ser clandestino con su propio cuerpo, someterlo a placeres que a otros no les harían más que provocar arcadas de los obscenos escenarios en los que lo colocaba.
En una ocasión Sabino se había hecho escupir sangre en la boca por un oficial de policía que tenía a un torturado junto a él. El oficial le mordía los labios al torturado, se los succionaba y después escupía aquel jugo en la boca de Sabino. Sabino no sabía de qué se trataba aquel ritual casi fúnebre y grotesco, pero le excitaba. Decía que la muerte le sabía a ganas de vida.



Aquella madrugada, Sabino había entrado a un mausoleo vestido de mujer con tal de retratar la figura de la esposa del ex secretario de finanzas de la división hotelera norte. El guiño ante la muerte lo excitaba. Pero mientras el ex secretario lo azotaba, con una potencia que jamás ninguna de sus mujeres había visto en vida, Sabino reconoció el gesto despótico de un hombre trastocado por la muerte de su esposa. No estaba enlutado; vivía la muerte de su esposa de manera obsesa. Justo en el momento en que despachaba sus últimas ganas, el ex secretario le había susurrado al oído: “por eso te dejé inerte para que me supieras más mía”.
Era la primera vez que Sabino Fuentes se quedaba petrificado en sus hazañas de aficionado de los erotismos ajenos. Al reposar el cuerpo posterior a la escena, el ex secretario le agradeció haberse colocado hielos en sus oscuridades, mencionaba que la profanación no tenía sentido si aún había un ápice de calor corporal. Le agradeció y salió del mausoleo de la familia Jilguero.
Eran las cuatro de la madrugada y por primera vez Sabino se había quedado con una sensación de suciedad ante los erotismos ajenos.
Un ruido lo sacó del letargo y vio un fajo con dinero; algunas gotas de sangre mancharon algunos de los billetes. Se sabía que el dinero de las finanzas hoteleras estaba manchado, pero en esta ocasión la metáfora se volvió literal. El ruido venía de la reja del mausoleo, que se abrió y dejó entrar a un hombre delgado y muy bien vestido.
“Otro cliente enfermo”, pensó Sabino.



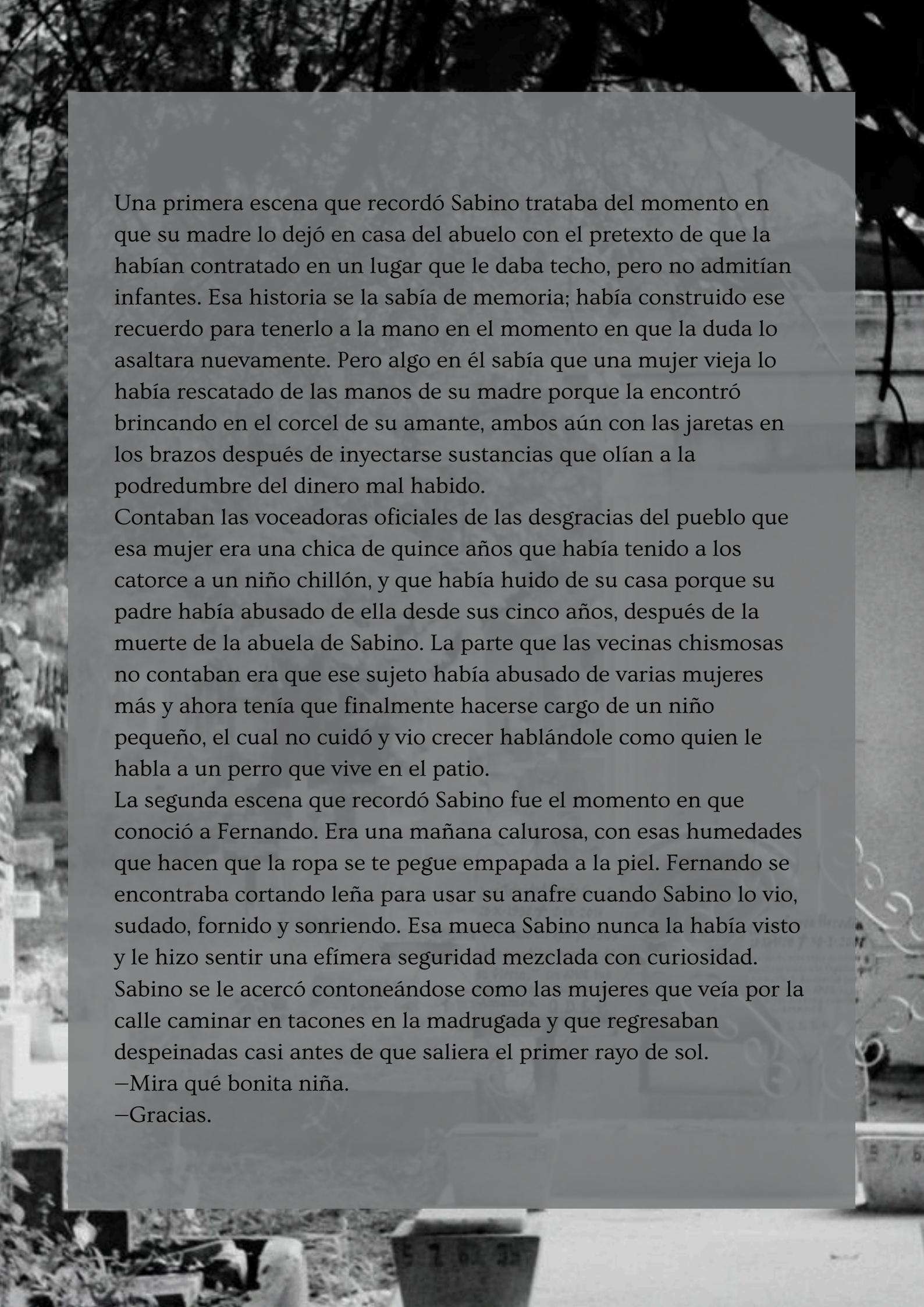
—No estoy en servicio.
—No vengo por su servicio.
—Y entonces ¿a qué vino?
—Auxiliarlo. Su cuerpo se ve muy dolido.
Sabino no sabía cómo lo había encontrado en la escena de la fantasía cumplida por otro, y tampoco entendía cómo alguien podía verle el cuerpo dolido cuando las vísceras le palpitaban como un corazón extraviado.
—Mi nombre es Lucio.
—Qué momento más oportuno para encontrarme.
La sorna de Sabino era declarada.
—¿Alguna vez has sentido que se te desgarra el pecho ante la incertidumbre de no saber si eres digno de amor?
—Qué preguntas más pendejas haces, Lucio. A mí qué me importa si te angustia que no te amen.
—Me imagino que no te importa porque es una duda secuestrada en tus laberintos mentales.
—Ahora resulta que además de paramédico de putas vas a venir a hacerla de psicólogo de turno nocturno.
Sabino sabía que Lucio tenía razón, pero no pensaba hablarle a un desconocido que de por sí estaba curando sus heridas corporales.
—Lamento haberte incomodado. ¿Quieres un espacio en silencio?
—Lucio, tienes tus manos en mi culo. Esto no podría ser menos incómodo.
—He pensado en ti desde hace unos siete años.
—Hace veinte minutos no sabía que existías, ¿sabes?
—¿Recuerdas qué estabas haciendo hace siete años?
—¿Tú crees que no sé que a mis diecisiete años comencé a ser una escoria? Que comencé a ser una perra que disfruta de la humillación de Fer... Disculpa. De enfermos mentales.
—Tú y yo sabemos que Fer fue el primero que te hizo sentir amado a un precio profundamente violento.
—Violento es que me estés curando el culo a las casi cinco de la mañana, Lucio. Cállate el hocico.



Sabino sabía que conocía a Lucio, pero no sabía de dónde. No tenía idea de dónde había salido ni cómo es que sabía tan oscuros secretos, esos que además habían llevado a Fernando Ramírez a ser enterrado en un pozo seco que se encontraba en el patio compartido de la humilde casa de su abuelo.

Aquel joven hombre al que admiraba y que lo profanó por primera vez lo hizo enloquecer entre las negligencias de su abuelo, que no le hablaba, y las pocas atenciones que Fernando le ofrecía de manera utilitaria. El abuelo que solo lo veía en las noches, cuando llegaba de trabajar alcoholizado, y cuya única forma de consuelo eran los golpes de repulsión que le proporcionaba como inversiones bancarias de malos entendidos financieros. Y por otro lado Fernando, el amoroso y afectuoso hombre joven, fornido y varonil, que vivía en la casa de atrás. Era el vecino y a su vez hijo ilegítimo del abuelo. Ni el abuelo ni Fernando sabían que eran padre e hijo, pero existía en Fernando un odio y una repulsión que desquitaba sobre el territorio corporal de Sabino.

Lucio continuó curando sus heridas mientras Sabino se perdía en una cascada de recuerdos, nítidos y violentos como las corrientes submarinas por las que se deslizan las faunas marinas en sus intempestivos peregrinajes de apareamiento.



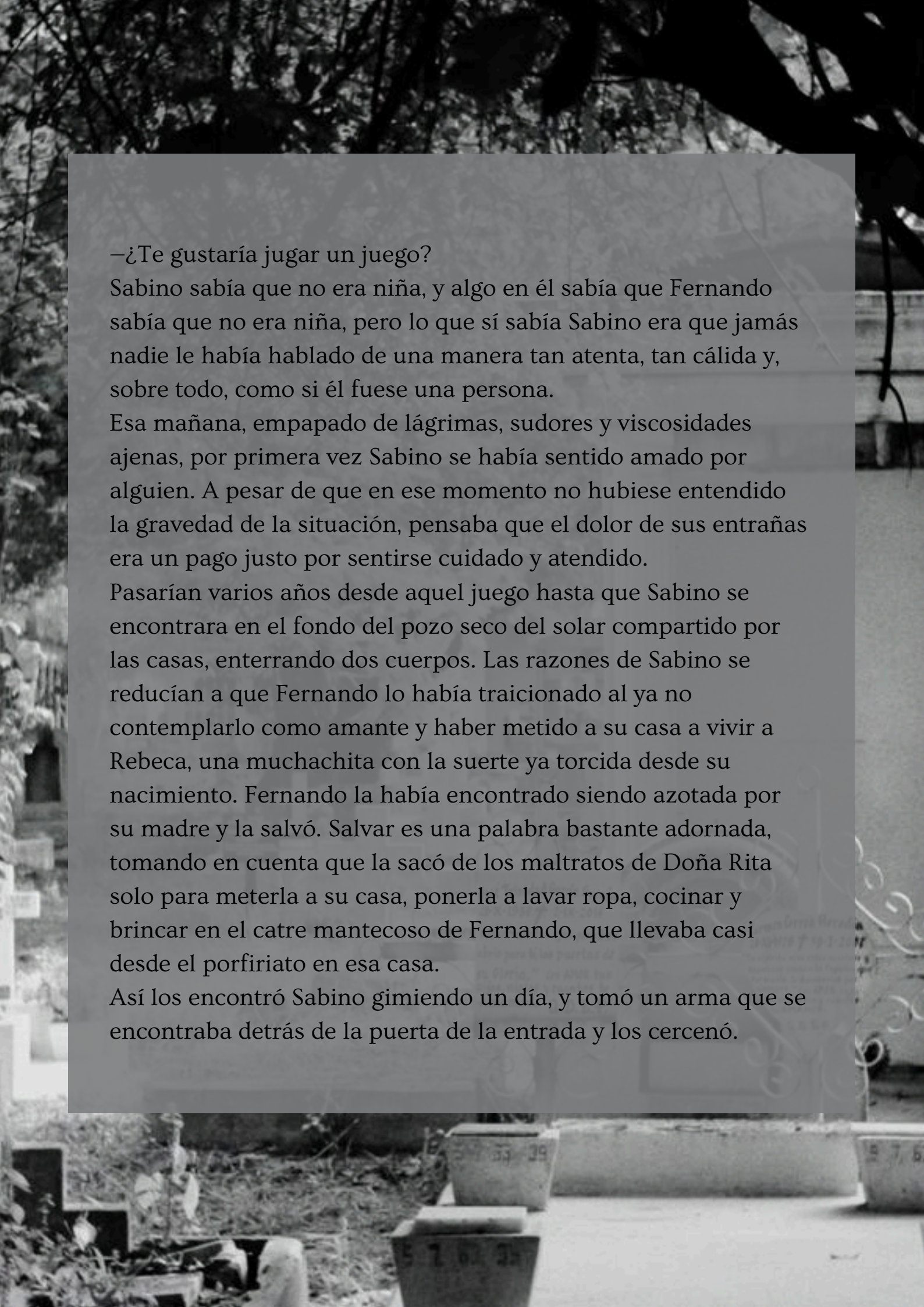
Una primera escena que recordó Sabino trataba del momento en que su madre lo dejó en casa del abuelo con el pretexto de que la habían contratado en un lugar que le daba techo, pero no admitían infantes. Esa historia se la sabía de memoria; había construido ese recuerdo para tenerlo a la mano en el momento en que la duda lo asaltara nuevamente. Pero algo en él sabía que una mujer vieja lo había rescatado de las manos de su madre porque la encontró brincando en el corcel de su amante, ambos aún con las jaretas en los brazos después de inyectarse sustancias que olían a la podredumbre del dinero mal habido.

Contaban las voceadoras oficiales de las desgracias del pueblo que esa mujer era una chica de quince años que había tenido a los catorce a un niño chillón, y que había huido de su casa porque su padre había abusado de ella desde sus cinco años, después de la muerte de la abuela de Sabino. La parte que las vecinas chismosas no contaban era que ese sujeto había abusado de varias mujeres más y ahora tenía que finalmente hacerse cargo de un niño pequeño, el cual no cuidó y vio crecer hablándole como quien le habla a un perro que vive en el patio.

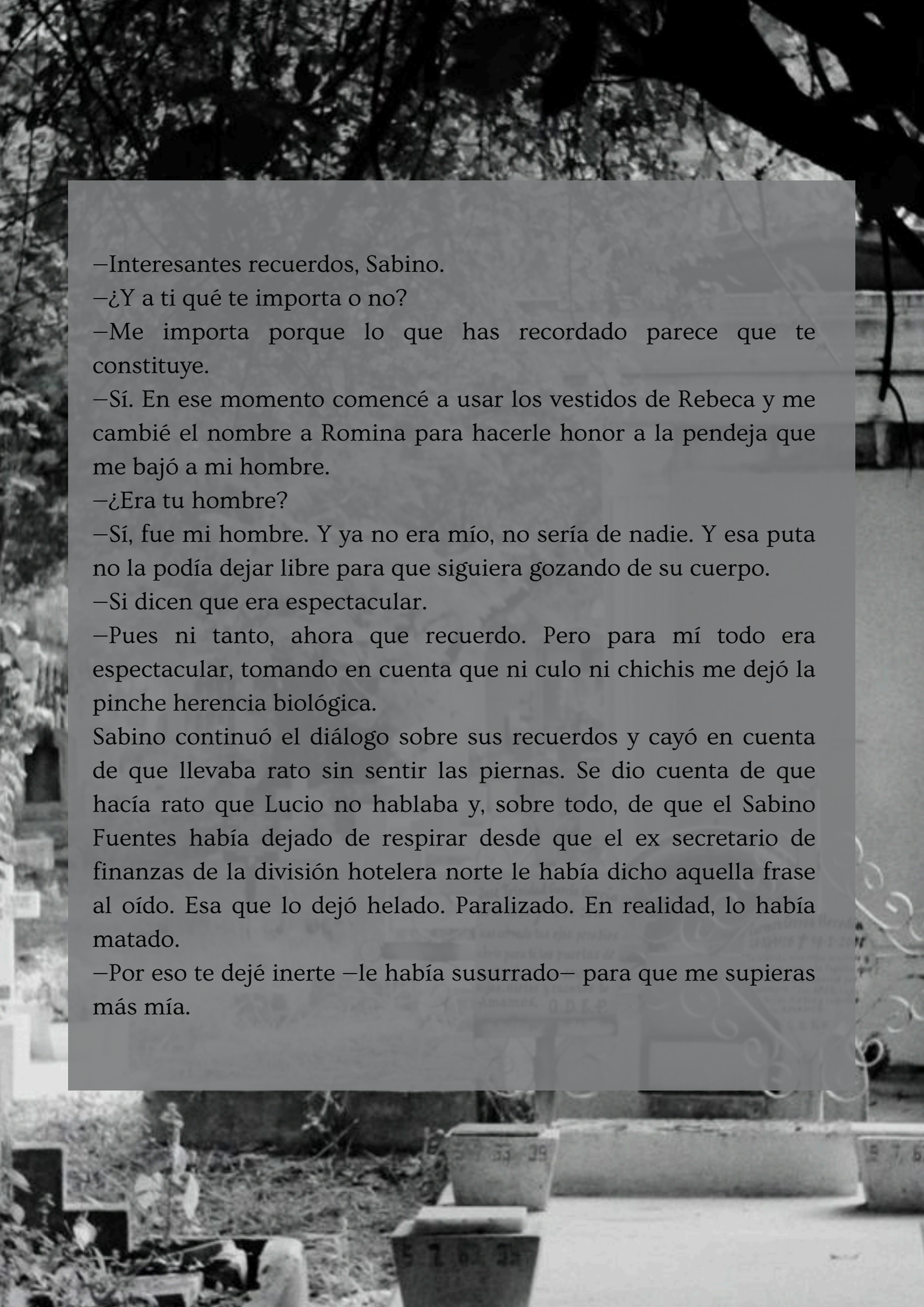
La segunda escena que recordó Sabino fue el momento en que conoció a Fernando. Era una mañana calurosa, con esas humedades que hacen que la ropa se te pegue empapada a la piel. Fernando se encontraba cortando leña para usar su anafre cuando Sabino lo vio, sudado, fornido y sonriendo. Esa mueca Sabino nunca la había visto y le hizo sentir una efímera seguridad mezclada con curiosidad. Sabino se le acercó contoneándose como las mujeres que veía por la calle caminar en tacones en la madrugada y que regresaban despeinadas casi antes de que saliera el primer rayo de sol.

—Mira qué bonita niña.

—Gracias.



—¿Te gustaría jugar un juego?
Sabino sabía que no era niña, y algo en él sabía que Fernando sabía que no era niña, pero lo que sí sabía Sabino era que jamás nadie le había hablado de una manera tan atenta, tan cálida y, sobre todo, como si él fuese una persona.
Esa mañana, empapado de lágrimas, sudores y viscosidades ajenas, por primera vez Sabino se había sentido amado por alguien. A pesar de que en ese momento no hubiese entendido la gravedad de la situación, pensaba que el dolor de sus entrañas era un pago justo por sentirse cuidado y atendido.
Pasarían varios años desde aquel juego hasta que Sabino se encontrara en el fondo del pozo seco del solar compartido por las casas, enterrando dos cuerpos. Las razones de Sabino se reducían a que Fernando lo había traicionado al ya no contemplarlo como amante y haber metido a su casa a vivir a Rebeca, una muchachita con la suerte ya torcida desde su nacimiento. Fernando la había encontrado siendo azotada por su madre y la salvó. Salvar es una palabra bastante adornada, tomando en cuenta que la sacó de los maltratos de Doña Rita solo para meterla a su casa, ponerla a lavar ropa, cocinar y brincar en el catre mantecoso de Fernando, que llevaba casi desde el porfiriato en esa casa.
Así los encontró Sabino gimiendo un día, y tomó un arma que se encontraba detrás de la puerta de la entrada y los cercenó.



—Interesantes recuerdos, Sabino.
—¿Y a ti qué te importa o no?
—Me importa porque lo que has recordado parece que te constituye.
—Sí. En ese momento comencé a usar los vestidos de Rebeca y me cambié el nombre a Romina para hacerle honor a la pendeja que me bajó a mi hombre.
—¿Era tu hombre?
—Sí, fue mi hombre. Y ya no era mío, no sería de nadie. Y esa puta no la podía dejar libre para que siguiera gozando de su cuerpo.
—Si dicen que era espectacular.
—Pues ni tanto, ahora que recuerdo. Pero para mí todo era espectacular, tomando en cuenta que ni culo ni chichis me dejó la pinche herencia biológica.
Sabino continuó el diálogo sobre sus recuerdos y cayó en cuenta de que llevaba rato sin sentir las piernas. Se dio cuenta de que hacía rato que Lucio no hablaba y, sobre todo, de que el Sabino Fuentes había dejado de respirar desde que el ex secretario de finanzas de la división hotelera norte le había dicho aquella frase al oído. Esa que lo dejó helado. Paralizado. En realidad, lo había matado.
—Por eso te dejé inerte —le había susurrado— para que me supieras más mía.

CRÉDITOS

Fotografía:

Santiago Fierro. Cementerio Izamal, Yucatan. Mexico. IG: @Polarisanti
IG: @Asilent_one . Panteon Civil De Dolores, CDMX.

Textos:

Juan Pablo Jaramillo Rico. (2023). El día que mi padre murió de verdad, Fragmento de Novela.
T.S.Minauj . (2026). Situaciones a titulo de ejemplo.
Ronit Guttman. (Miau Ediciones, junio 2026). Muppets baby blues y La que Mucho se despide. The Muppet Show Vol. 1
Laboratorio descolonial: . (2026). Las eróticas en psicoanálisis.
Milo Ruelza. (2026). Fuentes Fúnebres
Silvia Suárez Lajud (Humana). (2026). Deseos de vida y pedimentos para la muerte.
Kenia Gonzalez Herrera/Ken Halley. (2026). Lo que se queda con nosotros. IG: @Ken.Halley

En colaboracion con Balsas analiticas IG: @Balsasanaliticas

Cuerpo Editorial:

Silvia Suárez Lajud
Kenia Gonzalez Herrera

Agradecimientos Especiales:

Alonso Garcia
Berenice Lorraine
Ana Lucia Cruz Vieyra